

Alonso Ramos

Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

3 tomos

Gisela von Wobeser (coordinadora y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

434 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN 978-607-02-9437-2 (tomo I)

ISBN 978-607-02-9438-9 (tomo II)

ISBN 978-607-02-9439-6 (tomo III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo01.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo02.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo03.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO 21

DE SU MODESTIA, SILENCIO Y RECATO

1. De su exterior modestia y especialísimo recato, de su vista en los templos y con sus confesores

[244] La modestia exterior, dice santo Tomás, que pone modo y moderación en todos los movimientos del cuerpo, conforme a la calidad de las personas, delante de quien se hacen, atendiendo a los lugares, tiempos y circunstancias de la obra, sin dejar parte del cuerpo que no componga, rija y adorne con resplandores de honestidad [Apostilla: santo Tomás, *Quest.*, 68, artículo 1]. Catarina en todo tiempo, lugar y cualquiera de las circunstancias, resplandecía con el precioso decoro de esta ejemplar virtud; porque toda su exterior compostura, aunque se fundaba en una buena complexión y composición honesta, se arraigaba más en la bien templada subordinación de su virginal cuerpo, a su bien mortificado espíritu, con que tenía refrenados todos los movimientos del alma y cuerpo, y con especialidad los de la altivez y vana gloria, de donde suelen emanar muchos de los desórdenes de los sentidos. Nacía su compostura exterior como de primaria raíz y final motivo del temor reverencial a Dios y su divina presencia; y como le tenía siempre presente, siempre le respetaba modesta, mirándole como a padre, señor y maestro en todo lugar y tiempo; en lo secreto, en lo público, en la calle, en la iglesia y en su casa. No usaba de la otra máscara o representación de aceptada modestia, con que se afeitan las hijas desenvueltas en presencia de sus padres, y los díscolos discípulos y taimados siervos para engañar a sus señores y maestros. En todas partes y a todos los hombres y ángeles era manifiesto el esplendor de esta preciosa perfección, porque como don y fruto del Espíritu Santo servía a esta su esposa de adorno sólido, firme, estable y constante, como prenda inseparable de su honestidad y pureza, ahora estuviese sola o acompañada, ahora ejercitase en los ministerios de Marta o en las abstracciones y arrobamientos de María; aun después de haberle Dios mudado el rostro, cuando cuidadosa de la interior hermosura del alma pidió y consiguió con lágrimas y suspiros que la privase el divino poder, de su peregrina belleza. Quedó con un semblante sereno, apacible, vergonzoso y venerable, de manera que los que la miraban sólo por la honesta portada y bien compuesto frontispicio de su modesto decoro, se movían a glorificar al sumo Artífice que la enriqueció con tan

inestimable virtud, y a estimar a esta esclarecida virgen como templo vivo de Dios en que había derramado sus dones el Espíritu Santo, conforme a lo que dice el Eclesiástico: “que el adorno interior del corazón, se conoce por el semblante exterior del hombre” [Eclesiástico 19]. Ninguno notó ni pudo notar a Catarina de triste o melancólica; de alegre con demasía o de viciosamente risueña, porque siempre se contenía en el bien templado medio de una serena igualdad y en la afable gravedad de su rostro manifestaba la seriedad de sus interiores virtudes. Con sólo su presencia movía a compostura a los que la miraban, reprendía y refrenaba a los más libres y desenvueltos, como se verá en varios casos de esta historia, verificándose en ella lo que se refiere de san Bernardino, que con su modestia componía a todos los que estaban en su presencia [San Bernardino].

[245] Traía comúnmente los ojos bajos, sin volverlos a un lado ni a otro y sin levantarlos ligeramente a ver lo que había en las ventanas, calles y plazas. Por eso desde su niñez (como lo noté en el principio de esta historia) huía y se retiraba aun de todas las fiestas ruidosas y mucho más de los entretenimientos profanos, y hasta de los bullicios tráfgos de las iglesias se escusaba. Donde, aunque veía y miraba con elevado gusto los tronos de apiñadas luces y el majestuoso aparato con que se daba el debido culto al rey de los reyes que asiste y se adora en el templo, no advertía ni reparaba mucho ni distinguía la variedad, riqueza y hermosura de que se componía el devoto y magnífico adorno; porque no venía a la iglesia a recrear los sentidos y distraer las potencias a la suprema Majestad. Se alegraba gozosa de ver la ostentación de amontonadas y lucidas antorchas en los altares, y aunque mil soles se explayaran a porfía por el templo, le parecerían bien empleados, porque todo ese esplendor resplandeciente manifestaba que andaba disfrazada por las aras la grandeza de la divinidad; y le servía de avivar la fe, para reverenciar y adorar con mayor fervor de espíritu la especial asistencia del ser inmenso de Dios trino y uno. Esta especial presencia sobre la inmensa de su incomprensible majestad, le arrebatava las potencias del alma y le cegaba los sentidos del cuerpo, para no discernir ni reconocer el ostentativo adorno de los más esclarecidos tronos, y así no daba ni podía dar razón de lo que se componía el lucimiento de los altares. Noten esto las que no pierden fiesta ni solemnidad y no se apartan (cuando hay qué ver y con quién hablar) de las iglesias, teniendo en ellas conferencias sobre si pasan o no pasan de doscientas las luces, si son más lucidos los ramilletes encarnados que los azules, los blancos que los matizados de varias flores, si entre éstas se llevan la gala y el aplauso las de oro y plata, o las de seda y otras materias delicadas que

reciben con más viveza el lustre de los colores; y finalmente después de haber una y muchas veces extendido la vista por todas las gradas, y apoyado con razones sus antojos y buen gusto con los realces de su discreción, sin que se les oculte el más mínimo juguete, ni el alfiler menos mal prendido, pasan a discretear entre los humos de las candelas y los vapores de su ociosa curiosidad sobre el desaliño de los sacristanes y sobre la liberalidad o cortedad de los que hacen y costean lo solemne de la festividad, dando noticia de los que entran y salen, y de los que hablan y oran devotos; de los que confiesan, comulgan, oyen, o no oyen, muchas misas y de todo lo demás que sucede en los eclesiásticos y numerosos concursos, sin acordarse de Dios ni de su debido culto como si no fuera tal. Nada de esto es perfección, virtud, ni buen espíritu, sino vicio, carne, ligereza y argumento de que las almas están llenas de pensamientos y afectos inútiles y entretenidas con vanas imaginaciones.

[246] No divertía a Catarina la hermosa variedad de las criaturas ni recibían deleite y gozo sus sentidos y potencias cuando las miraba. Y así cuando veía u oía que algunos apreciadores de lo terreno engrandecían la preciosidad del oro, plata, perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas y otras cosas semejantes dignas de estimación y aprecio, decía: “Todo es tierra blanca, verde o encarnada; y lo que es tierra, en polvo y tierra se ha de volver”. No porque le faltase conocimiento del exceso que se hacen las cosas terrenas comparadas entre sí, que muy bien distinguía el oro del plomo, la plata del cobre, las perlas y piedras preciosas de las toscas que se pisan en la calle, sino, porque como tenía todo su amor y estimación empleada en los tesoros del cielo, las mayores riquezas de la tierra le parecían horror, asco y basura. Por eso aun en su niñez barría y arrojaba en el basurero las monedas que se le caían al Señor u otro de la casa, como lo insinué en el capítulo nono de este libro. Este poco aprecio y estima que hacía de las cosas de la tierra le ayudaba mucho para no buscar en ella su diversión y recreo. Pero más cuidaba de apartar la vista de los objetos ajenos de su estado y profesión y de las hermosuras compuestas que podían causar inquietud en la limpieza de su delicado espíritu. De aquí le nacía el no mirar de hito en hito al rostro de las personas que le hablaban, aunque fuesen mujeres y de su esfera, porque al reconocimiento de su humildad todos parecían y eran personas de respeto y los reverenciaba poniendo los ojos donde ellos tenían los pies, y en especial cuando hablaba con sacerdotes se admiraba este su humilde encogimiento, conociéndolos más por la voz que por las facciones del rostro. Aun al llegar al confesionario, se veía obligada muchas veces para declarar su conciencia a preguntar a los confesores quiénes eran, porque no deseaba tanto conocerlos

de vista cuanto por su nombre y por su habla, que siempre le era suave, porque oía con veneración sus doctrinas y consejos como voces de su Dios.

[247] No parezca demasiada cautela este recato modesto con los vicarios de Cristo, que la frecuente conversación y el afecto caritativo de piedad con mujeres no prometen seguridad a los ojos. ¿Qué cosa más linda puede haber ni más cristalina que el agua? ¿Qué cosa más hermosa que la tierra? Y con todo eso de juntarse los dos elementos tan bellos y hermosos se siguen el barro y el lodo. Y si alguno dijere que esta familiar conversación es semejante a la que veneramos sin riesgo como entre padres e hijos, acuérdesse del dicho de un santo monje, y lo refiere Sofronio:⁸⁸ “Que, porque nacimos de mujeres, nos hemos de apartar más de ellas, pues la sal nace del cristalino elemento y se deshace en el agua” [Apostilla: Sofronio]. Con más energía profunda y doctrinal precisión lo significó el dos veces ángel de los doctores por sabio y virgen purísimo, santo Tomás de Aquino, cuando preguntándole una señora por qué huía tanto de las mujeres habiendo nacido de mujer, respondió prudentísimamente: “Por eso huyo de todas; porque nací de una de ellas”; enseñándonos que aun aquel natural afecto de la madre puede fácilmente viciarse en las otras mujeres si no se resguarda con el debido recato. Con esta misma individual cautela que deben afectar los padres de espíritu y vicarios de Cristo, hablaba el águila de los doctores, cuando dijo: “Creedme, hermanos, como a hombre bien experimentado que los cedros del Líbano, esto es, los varones de altísima contemplación (como declara el angélico doctor) y los que guiaban el rebaño de Cristo, debajo de esta falsa seguridad han caído miserablemente, siendo así que los tenía yo por tan firmes y seguros como a los santos Jerónimo y Ambrosio” [Apostilla: San Agustín, *apud* Sebastián Figueredo, *in titul. Psal. 50*]. En esta doctrina estaba embebido el espíritu de Catarina, y así conservaba esta recatada modestia con los ministros de Dios; y aun con los ángeles y el mismo Cristo, como diré adelante, era su familiar trato serio, grave y circunspecto.

2. De la modestia que guardaba en el andar y vestir

[248] Con esta admirable modestia gobernaba todos sus pasos, refrenando cualquier movimiento menos grave contra la debida decencia y moderando

⁸⁸ Sofronio, patriarca de Jerusalén, que vivió aproximadamente entre 560 y 638.

el andar para que no fuese impetuoso con demasiada apresuración, ni tan flojo que pareciese haber impedimento en los pies y desmayos en el corazón, ni tan artificioso y regalado que con ostentación de pompa o afectado melindre demostrase falta de cordura, gravedad y reposo. Su vestido fue siempre cortado a la medida de su modestia, porque huía de cualquier exceso en la preciosidad, curiosidad y blandura, y escogía lo más usado y ordinario con la limpieza y decencia conveniente a su estado. Los zapatos eran de dos suelas, llanos y muy honestos, a modo de los que usan los religiosos y no pulidos, estrechos ni puntiagudos. Toda la ropa interior era de algodón, que es el género más basto y menos costoso, salvo las camisas que las traía de ruan u otro lienzo de Castilla, por sus achaques y por ser dictamen y mandato de sus confesores. Los faldellines y vestido interior usaba de paño y bayeta, y el jubón de picote negro o pardo oscuro con las mangas estrechas y cerradas que llegaban hasta la mano. Del mismo género traía la saya con poco vuelo, en todo humilde, honesta y nada pomposa, era larga porque tapase los pies, pero no tanto que pareciese arrastraba la santidad. Puede servir de dechado Catarina en todos los estados de que se compone la militante Iglesia y con especialidad a las personas que con el traje exterior de honestidad (digno de alabanzas entre las criaturas) dan a entender que siguen de verdad el camino de la virtud, que desean imitar a Cristo crucificado, despreciando todas las pompas y vanidades del mundo. Estas personas pues deben contentarse con una humilde decencia en el vestido y con lo necesario para la defensa del frío y conservación de la salud, apartando de sí todo lo demás que sabe a autoridad, ostentación y vanagloria, si quieren servir de edificación y dar buen ejemplo en la iglesia y no ser lazo y blanco de la risa y escarnio del pueblo, que necesariamente ha de notar que estas no andan al gusto de Dios, ni al gusto de los hombres, porque su figura y hábito no se conforma con los dictámenes del mundo ni con los juicios de Dios y consejos de Cristo, y así puede temer que con ese modo de vida en exterior viven en desgracia de Dios y de los hombres, pues pierden con él a Dios y al mundo el respeto. No parece que vendrá a deshora lo que se refiere en las crónicas de san Francisco [Apostilla: Crónicas, parte 1, capítulo 19]. Había hecho fray Elías, general de su orden, un hábito de paño precioso, largo, ancho y muy reverendo. Lo llamó el glorioso santo en presencia de muchos frailes, le pidió el hábito de pompa y autoridad, y san Francisco se lo puso sobre el suyo, y haciéndole muchos pliegues en la falda, aderezando la capilla y doblando las mangas con gestos de vanidad, comenzó a pasearse con la cabeza alta, el pecho hinchado y con pasos de

grande fausto, saludando con voz sonora y grave a los presentes. Y cuando estaban estos más admirados, se lo quito; y con celo de la virtud y desprecio de la profanidad, le arrojó fuera de sí, diciendo: “Este es el traje de los bastardos de la orden”. Catarina era hija legítima del espíritu del seráfico patriarca, no tanto por la divisa del escapulario interior que vestía, cuanto por la modesta humildad con que vivía, echando de sí todo lo que podía oler a vanidad y honra profana. Las tocas o cofias que usaba eran comúnmente blancas y bastas, de poco precio, acomodándose al uso más honesto de la tierra, cerradas y ajustadas de la garganta y prendidas con un alfiler de manera que servían de velo a la mayor parte del rostro. Con la misma atención traía el manto, de suerte que miraba en donde ponía los pies y no podía ver ni ser fácilmente vista de los que encontraba en la calle y en las iglesias. Y como llevaba siempre los ojos bajos no advertía si la miraban, pero pudiera conocer que todos la respetaban y reverenciaban por su honestidad y modestia, porque ella sin buscar honra ni aplauso, es y será en todo tiempo y lugar aplaudida y honrada, y por ella es y será Dios glorificado.

3. De su extraordinario silencio, y cómo se acreditó de prudente y discreta con hablar poco y prometer menos

[249] La lengua, que en sentir del apóstol Santiago es más indómita que las fieras, aves y serpientes [Apostilla: Santiago 7], se reconocía sujeta a la modestia de esta esclarecida virgen; porque el mismo divino poder hacía oficio de portero para la guarda y defensa de la boca y lengua de su querida esposa. Por eso, como dije ya en el capítulo doce de este libro, selló con tantos sellos de su protección y gracia el corazón, pecho, garganta, lengua y todo el espacio de su boca, para que fuese puerta cerrada y sellada con la imagen del divino amante, logrando Catarina lo que deseaba con grandes ansias el Eclesiástico, cuando dijo: “¿Quién pondrá un sello muy fuerte sobre mis labios y servirá de portero a mi boca, para que ni ellos me derriben ni mi lengua me destruya?” [Apostilla: Eclesiástico, 22]. Ninguno de los hombres puede refrenar ni sujetar su lengua; todo Dios es menester para aprisionarla y así decía san Agustín: “Si para domar las fieras buscamos un hombre superior a ellas, para domar la lengua de un hombre, no ha de ser hombre puro, sino Dios superior a todos los hombres, el cual en ellos y por ellos con el poder de su gracia, suavemente las rinda y sujete a todo lo que la razón dicta y la ley divina manda”. Era Dios el piloto de esta alma escogida con especialidad para ejemplar de vírgenes, honra y gloria de su omnipotencia, y así asistía

como divino portero a la custodia de su lengua, para que no le robasen los tesoros de la gracia, ni la valentía de los vicios, ni las tormentas de las tentaciones del infierno.

[250] Con esta protección de su Dios cooperaba Catarina con su industria, porque no ignoraba quería su Majestad siempre cooperación de sus criaturas, para el principio y perseverancia hasta el fin en las buenas obras. Mucho le ayudaba la vergüenza virginal y [el] cristiano encogimiento, cuyo acto propio es el silencio, el retiro y el huir de todas las ocasiones en que por lo menos se pierde el tiempo y se pone en peligros el alma. Pero más le aprovechaba y aseguraba el ejercicio de todas las virtudes, que todas son necesarias para refrenar la lengua, y por ello dijo el apóstol Santiago: “Que el que no tropieza en palabras, es varón justo y perfecto” [Apostilla: Santiago 3]. Y porque he ido tocando muchos puntos de su extremado silencio y en el capítulo siguiente he de insinuar otros ejemplos que parecerán a los ojos del mundo ciego excesos imprudentes e indiscretos, pondré solamente aquí uno de los medios de que se valió para alcanzar y conservar esta inestimable perfección hasta la muerte, en que fue coronada del Altísimo con el agregado de todas las demás virtudes.

[251] Era Catarina tan humilde que se tenía por indigna de hablar con las criaturas, y mucho más de merecer este don venido del cielo, que en las mujeres es muy particular y tan precioso, que no hay oro en el mundo con qué poder pagarlo, como nos lo asegura el Eclesiástico, cuando dice: “que es don de Dios el que una mujer sea cuerda y callada” [Apostilla: Eclesiástico 26]. Como si nos dijera que bien puede la naturaleza dar hermosura, gentileza, linaje y riquezas, pero el hablar poco una mujer se ha de mirar al modo de las gracias extraordinarias que emanan de la liberalidad de la Omnipotencia. Como prodigio y singular favor lo apreciaba esta prudentísima virgen, y por eso andaba continuamente con clamores y peticiones rogando al Todopoderoso que refrenase y gobernase los movimientos de su lengua, para que pronunciase sólo lo que era conveniente para su mayor honra y gloria, repitiendo por momentos casi puntualmente la oración de que usa la santa Iglesia: “A ti Señor pertenece abrir mis labios para que mi lengua cante tus alabanzas. Ábrelos Dios mío con la llave de tu sabiduría y ciérralos con el sello de tu infinito poder, para que mis palabras sean pocas y agradables a tus oídos, y a los hombres aceptas y provechosas”. De esta desconfianza propia y temor de ofender a Dios y a los hombres, nacía en esta sierva de Dios el ser callada, muy remirada y prudente en sus palabras, porque al paso que hablaba poco, salían de su boca las voces mejor

niveladas con las reglas de la discreción y se hacía digna de que se verificase en ella la sentencia de Salomón: “Que el que modera sus palabras sabio es y prudente, porque el mucho hablar no es de discretas, sino de bachilleras y necias, como nos lo dejó escrito el Eclesiástico” [Apostilla: Proverbios 17; Eclesiástico, 10]. Catarina hablaba tan poco, que no pasaba de lo necesario, porque el espíritu de pureza y de humildad la movían a andar siempre cuidadosa en refrenar y domar la fiereza de la lengua. Y así, con un “sí, Señor o no, Señor”, “sí haré o no haré”, satisfacía a los que le preguntaban y mandaban. A los que le pedían los encomendase a Dios, respondía: “Si haré, aunque mala. Rueguen vuestras mercedes al Señor que me oiga”.

[252] A los que afligidos con achaques trabajos e infortunios se llegaban a consolar con ella, con demostraciones de compasión, les decía: “Yo no sé hablar. Vayan vuestras mercedes a los médicos o a los confesores, que son los instrumentos por donde Dios nos encamina y consuela; y a mí me enseñan que entre trabajos se halla y experimenta con seguridad su infinita misericordia, y que los de acá no merecen el nombre de infortunios”. A las personas ansiosas de remedio, que le comenzaban a franquear las llagas de su conciencia, las atajaba diciendo: “Tengan vuestras mercedes. No fíen su corazón del poco secreto y mal consejo de una mujer frente de los ministros de Dios, y no me encarguen el oficio que pertenece a los sacerdotes”. Y con buen modo los despedía con las palabras comunes, que las encomendaría a Dios, aunque mala. Aprendan de todo lo dicho a ser modestas, humildes y cristianas las almas que aprecian y venden sus oraciones con voces hinchadas de presunción y viento, diciendo que hicieron, que harán, que conseguirán y que alcanzarán de Dios prodigios y portentos; aprendan, digo, a ser humildes, cuerdas y virtuosas. Prudentes confesores acostumbran responder a las que dicen que han ofrecido a Dios por ellos centenares de comuniones, silicios, disciplinas, ayunos y otras asperezas, que bien se hecha de ver cuán poco valen sus ejercicios en el tribunal de Dios, pues supuestas todas sus instancias y trabajos, se hallan tan malos o peores en el alma y en el cuerpo, no porque dejen de estimar y desear que todos rueguen por sus almas al supremo Juez como por los más necesitados, sino porque no piensen, ni el enemigo les haga pensar, que les compren con ofrecimientos de bienes limitados, aunque sean espirituales, la trabajosa asistencia que desean consagrar a Dios, haciendo su voluntad en las obligaciones de su estado, profesión y oficio; y porque temen, si muestran tener aprecio de lo que piensan las almas espirituales, les debemos los confesores se introduzcan o solapen en ellas los espíritus de propia comodidad, vanagloria, falsedad, doblez, mentira y engaño.

[253]Catarina era cuerda, callada y humilde; se reconocía indigna de hablar con las criaturas; se avergonzaba de que la admitiesen los cristianos viejos a su conversación. Y así, hablaba poco y prometía menos, porque desconfiada de sí, juzgaba que delante de Dios no valían ni podían tener eficacia sus oraciones. Y por eso cuando le instaban que pidiese y rogase a la inmensa Majestad, solía responder: “Sí, haré, aunque mala. Pero, ¿qué han de parecer mis ruegos y peticiones en el cielo, dónde llegan las oraciones y merecimientos de vuestras mercedes? Yo bautizada en pie y vuestras mercedes luego que tuvieron ser; yo viborezno engendrado entre las espesas malezas e incultas selvas del Mogor, y vuestras mercedes desde su nacimiento, y bautismo, flores y rosas arraigadas en las tierras del cristianismo y en los jardines de la Iglesia; yo generación mala, bárbara y pagana; vuestras mercedes generación buena, santa y cristiana. Pues, ¿qué puedo yo hablar, pedir y alcanzar de Dios, que ama a los justos sus escogidos?”. De esta encogida modestia y profunda humildad le nacía el hablar poco con los hombres y el no prometerles mucho de las misericordias de Dios, reconociendo y confesando sus pocos merecimientos, y por eso la veneraban todos por santa, por discreta y poderosa en el tribunal de la divina justicia. Y a la verdad, los que son fáciles y fanfarrones en el prometer, suelen tener la misma facilidad en faltar, como asienta por dogma un historiador cristiano político: “Ningunos prometen más fácilmente, que los que nunca cumplen lo que prometen” [Apostilla: Padre Fam. de Estrada, *De belo belg.*]; y los que son muy sueltos en el hablar, no suelen ser muy firmes en las obras, ni hay que confiar mucho en sus hechos, porque cada día se experimenta que las más ilustres hazañas y los más inauditos prodigios están vinculados siempre al silencio, porque quien habla poco, suele hacer mucho, y quien habla mucho, hace poco. Aun en Dios parece que quiso el real profeta David darnos a entender que valía este argumento, cuando dijo: “Una vez habló el Señor y yo digo que tiene potestad” [Apostilla: Salmos 61]. Como si dijera: “Tenemos un Dios de pocas palabras; pues yo le venero poderoso en obras, que esto de hablar mucho arguye poca valentía y firmeza”.

[254] Para confirmación de esta verdad notaron los observadores de las propiedades de los vivientes que todas las avecillas vulgares y pequeñas son bachilleras y parleras, y las águilas reales, aves grandes y nobles, son calladas. Así de los que hablan mucho, aunque sea en materia de espíritu, se suele esperar poco; porque como se desagua afuera toda la valentía de su fervor por la lengua, quedan dentro como vasos vacíos, que suenan mucho y dejan de ser vasos llenos, que suenan poco. Era Catarina águila real en su espíritu,

era un vaso lleno escogido de Dios para depositar en él los tesoros de su gracia, los guardó y conservó siempre con la cubierta del silencio y con el sello de su humilde prudencia. Y por eso obró Dios por ella prodigios y portentos en su vida, y ya difunta podemos esperar otros mayores. Mucho debe el mundo a aquellas palabras de esta esclarecida virgen: “Yo encomendaré a Dios, aunque mala. Rueguen vuestras mercedes al Señor que me oiga”. Como se verá en el discurso de su vida, porque como lo prometía lo ejecutaba; como lo pronunciaba con la lengua, lo ponía en ejecución con las obras. Aun con Dios gastaba esta su querida esposa pocas palabras (no hablo en los negocios de la eternidad, porque entonces como le daba la fe fortaleza, esfuerzo la caridad y constancia la esperanza, le daba también el amor elocuencia para batallar con el divino poder y su recta justicia, las horas, días y años enteros, hasta salir triunfante la gracia, que le infundía la divina misericordia (y estas luchas tendrán su lugar en la historia). Hablo de los negocios temporales y terrenos que le encomendaban, y para esto recurría a Dios sólo con decir repetidas veces: “Señor, mira con ojos de piedad lo que se me ha encomendado. No atiendas a mi indignidad, sino a tu bondad y a que son tus criaturas amadas y redimidas con tu sangre. Consuélalas y no les niegues lo que te piden si les conviene para una buena muerte”. Otras veces ponía en la divina presencia las necesidades del mundo y decía llena de confianza: “Señor, mira cuán afligidos están tus escogidos”. Y con estas pocas palabras, con estas breves razones, con este hablar lacónico, ayudaba al universo y agradaba a Dios tanto que le mandaba a repetir la petición, porque era muy provechosa a los hombres y muy suaves a la suprema Majestad sus voces. Bien podemos decir de esta su esposa, el elogio y alabanza que dijo el divino amante a la alma santa: “Me parecen, querida esposa, vuestros labios como venda de grana o listón encarnado” [Apostilla: Cantares 4]. No dice vendas en plural, sino en singular, porque sus labios siempre estaban cerrados y tan juntos, que no parecían dos, sino uno como un solo listón con que se suele recoger y trenzar; el cabello, porque con vuestra discreción y prudencia recogéis muchas sentencias con pocas y vergonzosas palabras, y no gustan de derramar voces y razones vanas al viento, como cabellos desordenados y esparcidos al aire de la vanidad y ligereza.

4. Prosigue la misma materia y cómo fue su silencio testimonio de su perfección

[255] Principio asentado y cierto es, que la libertad y desenvoltura de la lengua en los niños y niñas arguye en sus pocos años malicia, como al contra-

rio el encogido silencio y honesta compostura es argumento de su bondad e inocencia. Esta sierva de Dios en todas las edades se conservó inocente, en todos los estados vivió adornada de la pueril sinceridad y virginal decoro. Y así fue siempre moderada y prudente en sus palabras y no perdió la vergüenza al pecar, ni abrió la puerta a la primera culpa que ordinariamente en la pueril edad suele entrar por la boca y salir por el portillo de la lengua, dejando abierta la puerta a todos los demás vicios; porque si una vez se abre para un vicio, milagro será el que se cierre para los otros, porque no en balde decimos que se puede estimar el mal y dársele la bienvenida si viene solo. No perdió la venerable Catarina la gracia del bautismo, como tengo ya en otra ocasión insinuado, porque en todo tiempo procuró conservar el freno de la vergüenza con la modestia y con el silencio. Pero no era este freno indiscreto ni torcido con fines terrenos que manchasen su conciencia y que procediese del mal espíritu y del Demonio, que el evangelio llama mudo, como lo es el que nace de la ignorancia culpable vergonzosa, en lo que se debe decir de la hipocresía y soberbia o por demasiada tristeza, melancolía, pusilanimidad y encogimiento. Era el silencio de esta querida esposa de Jesús un freno recto, justo y acomodado a su estado por fines santos, regulados por la discreción y prudencia, que es lo que nos aconseja el Eclesiástico cuando nos encomienda: “que pongamos a nuestras bocas frenos rectos y acomodados” [Apostilla: Eclesiástico 28]; ni tan anchos que no domen la lengua, ni tan estrechos que la lastimen. Con un discreto silencio hablaba Catarina cuando era justo de cosas santas, que aprueba la ley de Cristo, sin mezcla ninguna de las que prohíbe o que desdicen de la gravedad y calidad de las vírgenes que profesan virtud, recato y recogimiento. Y así, no decía ni sabía decir palabras chocarreras y burlonas; ni las que llaman donaires, gracias o bufonerías. Mas lejos estaba de hablar palabras blandas, dulces y livianas, cuya significación y malicia ignoraba, y no entendía como si no fuera de tierra y carne, ni viviese entre hombres terrenos y carnales. No parecía Catarina de este mundo en el hablar, porque como dice san Juan: “Los que son del mundo, hablan del mundo y el mundo los oye” [Juan 4]. Y de esta venerable virgen se puede decir que nunca se oyeron en su boca voces de carne, ni de mundo, como lo son las palabras vanas, hinchadas, soberbias y jactanciosas, y cuando tal vez compelida de justa causa, honesta ocasión, o la más usual, mandada de sus confesores, refería que descendía de los señores emperadores del Oriente; solía añadir que eran unas generaciones ciegas, bárbaras y enemigas de Jesús, porque la despreciasen como a engendro de bárbaros y serpentinos ascendientes. Tenía enemistad declarada

con los perjuros, maldiciones, murmuraciones y las demás lenguas injuriosas que lastiman con las mentiras y siembran con chismes las discordias. Y por eso solía decir al Demonio que, aunque no tuviera otra fealdad y malicia que el ser embustero chismoso, y autor de discordias, bastara para aborrecerle y huir de su monstruosa bestialidad y fiereza. Toda esta moderación en las palabras le venía a Catarina del adorno de todas las virtudes que enriquecían su alma, impeliéndole a ello la obediencia, humildad y pureza; la abnegación propia, la modestia y vergüenza virginal y cristiana, y sobre todo la continua contemplación y presencia de Dios en que andaba siempre, cuyo principal fruto era el silencio, recato, recogimiento y retiro del mundo, aun andando entre el bullicio de las gentes, porque así como todos los vicios se aúnan para desenfrenar la lengua, se juntaban en esta esposa de Jesús todas las virtudes para enfrenarla.

CAPÍTULO 22

PROSIGUE LA MATERIA DE SU RECATO Y MORTIFICACIÓN DE SENTIDOS CON LOS HOMBRES, ÁNGELES Y AUN CON EL MISMO CRISTO, NUESTRO SEÑOR

1. Cómo con el recato y circunspección consigo misma fue argumento de su grande mortificación y virginal pureza

[256] El celo de pureza con que deseaba conservar su corazón limpio sin mancha, sin ruga, ni fealdad alguna, como quiere el divino amante a su Iglesia y a sus esposas, movía a Catarina a andar hecha un Argos,⁸⁹ vestida y adornada de ojos, mirando con circunspección y recato todos los caminos por donde pudieran entrar todos sus enemigos disfrazados o al descubierto a herirla, destruirla y robar los tesoros de su alma. Por este motivo estaba esta sierva de Dios siempre en vela, hecha centinela de sí misma y armada con el celo de la limpieza de su corazón, porque no quedase portillo abierto por donde se introdujese el más mínimo pensamiento e inmundicia que pudiese afean y amancillar el lecho y tálamo de su legítimo, único y querido esposo Jesús. Nacía lo ardiente de este celo de la fineza y exceso del divino

89 Gigante con múltiples ojos de la mitología griega.

amor que se abrigaba en su pecho, y como era fuerte como la muerte, le daba fuerzas para pelear como varonil y mujer fuerte, trayendo siempre sujetas, aprisionadas y mortificadas todas sus pasiones y sentidos, obligándolos a ser honestos y recatados en todos sus movimientos, conforme al consejo de san Basilio: “Que las vírgenes deben de ser vírgenes en todo, en la vista, en el oído, en el gusto, en las palabras, en el tacto y en el retiro de los hombres, porque todas sus acciones y movimientos han de oler a virginidad y pureza” [Apostilla: San Basilio, I *De virgin.*]. De todo lo dicho y lo que se ha de decir en el discurso de esta historia, en especial cuando trate de lo invencible de su honestidad y de la valentía de espíritu con que auxiliada de la Omnipotencia defendió la hermosura de su alma y la integridad de su virgíneo cuerpo, a pesar de los tres más esforzados enemigos del alma, se hace evidente a los ojos el singular y prudente recato y el extraordinario recogimiento con que esta virgen cuerda y escogida del divino esposo triunfó por instantes y momentos en esta miserable vida, de aquella poderosa tiranía que en forma de sirena engañosa y con apariencia de deidad abate, derriba y avasalla a las más remontadas águilas, a los más ufanos pavones y a los más arriscados valientes. De aquella que se apellida y corona con el nombre de ser aniquiladora común de sabios, santos y valerosos, contando entre sus triunfos (como argumento de su gran valor y poder) el haber tenido por cautivos a un Sansón fuerte, a un David santo, a un Salomón sabio. ¡Oh, sirena cruel! Si acabara el mundo de conocer tu fiereza y ponerse en arma contra tus ardidés y engañosas trazas, quitándote las fuerzas que se ceban y aumentan con la familiar comunicación entre los dos sexos, con las puertas abiertas de los sentidos, por donde entran los rayos de tu venenoso fuego, con el contacto y aún cercanía de tus manos de fiera disfrazadas con el guante y piel de jazmín o nieve; pues lo que tocas hielas y aniquilas, sin perdonar al más prudente, al más sabio, ni al mayor hombre en las correrías que como gitana haces por el mundo para despoblarle y llenar de habitantes el abismo. ¡Oh, qué lástima!, que el más empinado cedro, el más frondoso y copado árbol, el que sobre todos descuella, luce y resplandece, se llegue a ver marchito, seco y sin vida por un descuido, por falta de recato, por sobra de presunción, vana confianza y fallida seguridad, permitiendo que se le acerque y se le apegue al corazón una pegajosa e inútil hiedra, tanto más infructífera, cuanto más lozana, tanto más nociva y pestilente, cuanto más verde y vistosa; porque entonces, es cuando la fiera Venus más fuertemente le aprisiona y más sangrientamente le amancilla con su carnal belleza.

[257] Andaba nuestra recomendada Catarina en el mundo como triunfadora de esta sirena engañosa y tirano monstruo, coronándose con los ramos del laurel, árbol contra los rayos que nunca se atrevieron ni pudieron abrasarle, y por eso se coronaron con él los emperadores y sirve de guirnalda a lo invencible de las vírgenes, para ostentación de su constancia e incontrastable pureza. Vestía por armas las ramas del enebro árbol, cuyas hojas son espinas; porque en la modestia y recato de todos sus sentidos se hiriesen y lastimasen aun los ojos que atrevidamente la mirasen. Por eso se simbolizan las vírgenes cuerdas en las azucenas cercadas de espinas, porque con su severidad y serio decoro refrenan y reprimen la más grosera mano y la lengua más suelta o disoluta que se atreve a perder a su honesta gravedad el respeto. De aquí le nacía aquel singularísimo recato con que se abstenía de tocar cosa alguna de donde pudiese resultar aun sombra de empaño a la pureza de su cuerpo o de su alma. No se atrevía a manosear a los gatillos y perrillos, aunque se compadecía de verlos heridos y maltratados, y les daba de comer por ser criaturas de su dios, creadas para el servicio del hombre. Consigo misma guardaba suma circunspección y recato, ocultando aun a sus ojos y tacto todo su cuerpo, en cuanto se lo permitía la humana necesidad. Es digno de ponderación que cuando le transformó el Señor la belleza de su rostro en una cara fea como de china o tostada india, le dijo que sólo el rostro y las partes del cuerpo que podían ser registradas de las criaturas estaban de aquel color, pero que lo demás del cuerpo se lo dejaba con el mismo color y delicadeza de su natural compleción. ¿Quién con este dicho de su Dios no se mirará y registrará siquiera para asegurarse de que no era ilusión y engaño lo que le pasaba en los coloquios espirituales con Cristo? Sólo Catarina, que se sustentaba de la luz de la fe y de los candores de una honesta y virginal circunspección, aun con su mismo cuerpo. Pero esta diligencia que ella no hizo, mirándose o no mirándose, para mirar así más y mejor por su honesto decoro, siendo viva y dando más crédito a la certidumbre de la fe que a la experiencia y evidencia de sus ojos, permitió y dispuso el divino esposo que entre las señoras que la amortajaron, descubriese sin querer una de ellas, y digna de todo crédito con testimonio de su vista y ojos este secreto misterioso, atestiguando que aunque el rostro, pecho, manos y pies se habían vuelto blancos y muy apacibles a la vista en su muerte, todo lo demás de su cuerpo estaba más blanco que las alburas de la nieve. Con que según parece dio a entender la divina sabiduría que corría por su cuenta el manifestar al mundo lo que por su respeto ocultó y no quiso ver esta su querida esposa y el misterio que contenía; y fue quizá

el simbolizar la hermosura interior del alma, que estaba como oculta con la fealdad exterior que se miraba en los extremos de su cuerpo, al cual traía Catarina en un continuo martirio, negándole aun lo lícito y obligándolo a todo lo penoso, porque se verificase en esta rescatadísima virgen lo que dijo y sintió san Jerónimo: “Que la pureza bien guardada, tiene su propio martirio, no tan cruel como el de sangre, pero muy largo y a veces no menos doloroso”.

2. De su singular recato y circunspección aun en el contacto de los vestidos de los hombres

[258] Quien trataba con tan grande cautela su cuerpo, con más circunspección y recato debía portarse con los cuerpos ajenos. Y de esto nos dejó admirables ejemplos para la imitación. Tal fue aquella constante resolución con que huyó siempre de dar y coger la mano, no sólo de hombres, sino de mujeres, aunque fuesen de las más puras vírgenes, de que hice mención en el capítulo veintiuno y la haré en otros capítulos de esta historia. Tenía declarada enemistad con su cuerpo, de quien no quería ni debía fiarse por ser enemigo declarado de aquellos de quienes dice el Eclesiástico: “A tu enemigo, eternamente no des crédito; en ningún tiempo te fíes de él”. Amarle siempre, sí; pero creerle, no. Y da la razón el sagrado texto: porque el enemigo es como el cobre, que para diligenciar tus daños y solicitar tus estragos no ha menester que le des ocasión; le basta la malicia que tiene en sí para intentar tu ruina, como al cobre le basta su falsedad para enmohecerse. Quería Catarina bien a su cuerpo, y lo mostraba en tenerle sujeto, porque no se despeñase como caballo desenfrenado. Es verdad que desde el instante que le transformó Dios el rostro y el corazón, como lo referiré en uno de los capítulos siguientes, quedaron el espíritu y el cuerpo de esta esclarecida virgen unidos y como concertados a vivir con paz en las obras del divino servicio; pero en medio de esa estrecha amistad andaba siempre armada de punta en blanco, pertrechada y prevenida sin descuidarse, ni dormirse, ni fiarse de sus maliciosas treguas. Porque como dijo Séneca: “Nunca nos debemos fiar del que de presente es amigo, si en algún tiempo se mostró enemigo” [Apostilla: Séneca], y el cuerpo siempre es enemigo notorio y declarado contra el alma. Siempre están los dos en batalla, como nos lo dejó firmado de su nombre el apóstol San Pablo [Apostilla: Epístola de san Pablo a los gálatas 5]. Y así, por más que afecte humildades la carne y mañosos rendimientos, no hemos de fiarnos, ni creerla, sino imitar a

Catarina, que vivía con tan cautelosa advertencia y atento cuidado, como quien andaba acompañada de un falso y cruel enemigo, trayéndole siempre sujeto y apartándolo de todo lo que podía emponzoñarle e irritarle. Ninguno ha explicado mejor lo venenoso y pernicioso de la humana carne que esta sierva del Señor. Unos dicen que se han de mirar los cuerpos, en especial cuando son de diverso sexo, como la estopa y el fuego, que al instante que llegan a rozarse, levantan llama y causan incendio. Otros se explican con el eslabón y el pedernal, que en tocándose despiden centellas de fuego que prenden en la yesca, y después crecen en humaredas e infernales candeladas. Otros declaran su concepto con lo venenoso de las serpientes, que en tocándoles a cualquier parte del cuerpo, revuelven con la cabeza o con el otro extremo a comunicar su veneno a quien incauto las toca, acaricia o regala. Por este motivo esta prudentísima virgen con santa cautela no quería tocar carne ajena; porque no se abrasase la propia con la serpentina ponzoña que ocultan los humanos cuerpos. Y cuando la oprobaban por este singular recato, y por éste, a los ojos del mundo, ceremonioso cuidado, respondía con verdadera humildad: “No se espanten vuestras mercedes que yo tenga tanto temor a mi cuerpo; porque desde que tuve uso de razón ando con él en batalla, y cuando más se me representa rendido, me pone en mayor cuidado; porque conozco que tiene las calidades de una perra desenfrenada y rabiosa, y que si no la tuviera el espíritu arrendada con la razón y Dios enfrenada con su gracia, no hubiera animal más pernicioso, sierpe pestilente, ni basilisco más venenoso y mortífero que inficionase y atosigase que esta mala naturaleza; y por eso quisiera tenerla en prisiones y enjaulada como fiera, que puede destruirme y arruinar el mundo con su serpentino veneno, comunicándolo con su contacto, con su vista y con su aliento”.

[259] Por esto dije que ningún autor había explicado lo nocivo y pernicioso del trato familiar entre los dos sexos mejor que esta sierva de Dios; pues santificando con su caridad a todos y a todas, se aplicaba a si sola lo peor que se pudiera decir del daño que puede causar en el mundo el femíneo sexo. Porque apellidándose perra enfrenada con el poder de la divina gracia dijo de sí, lo que pondera con gravísimas palabras San Juan Clímaco, hablando de las mujeres, de las cuales dice: “Que anduvo muy benigna y misericordiosa con el hombre la providencia de Dios en arrendar la mujer con el freno de la vergüenza y el natural empacho; porque

si rompido [sic] este freno y perdido el natural encogimiento, conversara y tratara con los hombres, apenas hubiera quien se salvara”. [Apostilla: San Juan Clímaco. gradu.15] Como si nos dijera el santo que no escapara hombre a vida si Dios desatara este ponzoñoso animal, a quien tiene oprimido con este freno. Pero como tiene libre albedrío y puede romper esas cadenas, conociéndose mujer Catarina en medio de su inexplicable honestidad y pureza, se aprisionaba cada día más y más; y se aplicaba nuevos defensivos y nuevos cautelados remedios. Por este motivo alcanzó de Dios que le mudase su hermoso rostro, y amable semblante. Esto la movía a nunca mostrar risueño su rostro sino grave y más severo que afable en todo concurso ocasionado. Por esto se retiraba, apartaba la vista y negaba a los hombres y a las mujeres la mano, porque se miraba de una naturaleza con más veneno que un basilisco y con más braveza que una perra desenfrenada y rabiosa. Parece que había leído esta prudentísima doncella lo que dice Paulo Egineta [Apostilla: libro 5, c. 3], cuando nos previene con los avisos y reparos contra las mordeduras de los animales ponzoñosos, donde dice que trata primero de la ponzoña y veneno de los perros rabiosos, porque es más inevitable su pestilencia, pues fuera de inficionar con el aliento, con el contacto y con sus dientes como otros animales ponzoñosos, tienen con especialidad el multiplicarse mucho, el andar entre los hombres, el adolecer muchas veces de este achaque. Y como con dificultad se puede uno librar del enemigo casero, del que anda a su lado, ni guardase del que vive en su compañía; así es necesario mayor cuidado y cautela, y más valientes y preservativos remedios para liberarse de las mujeres los hombres; porque hay más mujeres que perros, y son más dañosas que las sabandijas y animales ponzoñosos. Y esta es la razón porque el Espíritu Santo en los Proverbios, Eclesiastés y Eclesiástico, donde amontona las enseñanzas para informar nuestras costumbres, nos amonesta que huyamos más de la comunicación con las mujeres que de la compañía de los demás animales venenosos. Como se recataba esta esclarecida virgen en el trato de los hombres, se abstentía cautelosa de manosear sus vestidos y mucho más de que los propios anduviesen a la vista y en manos de varones.

[260] Dos casos singulares (entre otros muchos que se omiten) le sucedieron en esta materia dignos de ponderación. Fue el primero que habiéndole enviado cierto eclesiástico una camisa de su uso para que se la pusiese, siendo así que fue esta limosna en el tiempo de su ancianidad cuando

baldada de las manos vivía a la divina providencia, le hizo tanta fuerza y le causó tanto horror, como si fuera para su cuerpo la encantada de Deyanira.⁹⁰ Y cogiendo el manto, se fue a ver a su confesor y le pidió asustada licencia para traspasar luego al punto a otro pobre aquella piadosa limosna. Preguntándole el confesor que porqué quería echarla tan presto de casa, le respondió: “Porque soy tan mala, que temo se inquiete mi cuerpo si se ve con la vestidura de un hombre”. En otra ocasión que consultó con otro eclesiástico un escrúpulo sobre el color de unas enaguas viejas, rotas y remendadas que tenía, la mando que se las llevase o enviase a su casa para verlas (con intención quizás de darle otras mejores), y le causó tal turbación este mandato, que escandalizada acudió a su propio confesor para que la eximiese de esta obediencia. Y eximiéndola, prorrumpió, como quien salía de una mortal congoja, en estas palabras: “Bendito sea Dios que me ha librado de tan gran tribulación. ¿Cómo había yo de permitir que mi vestido interior anduviese entre los ojos y manos de los ministros de Dios? ¡Que más se quería el infierno, para que se le pegase al buen sacerdote el contagio de mis enfermedades, achaques y pecados!” Adelantó en este prudente recato Catarina el del otro casto, Joseph, que dejó en manos de su señora la capa para que por la ropa no se le pegase la peste del contagioso amor que hervía en el pecho infiel de la egipcia [Apostilla: Génesis 39].

3. Cómo se extendía su singular recato hasta con los ángeles y el mismo Cristo

[261] Con la misma determinación estaba resuelta a negar la mano a los ángeles si se la pidiesen, así como a los hombres; porque como diré en otro capítulo, inspirada del mismo celoso Esposo que se recreaba en estos sus nimios recatos, tenía por justa razón para ello el que se le representasen en forma humana, y que la acción de darse las manos sea demostración de fineza y de amor; que no hay amor seguro sino el que tiene por objeto a Cristo. ¡Oh, qué de veces el atrevido Satanás se le transformó en ángel de resplandor, pidiéndole la mano en señal y demostración que quería vivir

⁹⁰ Deyanira es la tercera esposa de Heracles, cuya historia está vinculada a la túnica de Neso, centauro que intentó violarla mientras la auxiliaba cruzando el río Eveno. Heracles se percató del inento y dio muerte al centauro con una flecha. En agonía, Neso le dijo a Deyanira que la sangre de su corazón aseguraría el amor eterno del héroe. Cuando la confianza en Heracles menguó, Deyanira untó la sangre de Neso en la túnica de su esposo, ocasionándole una lenta y dolorosa muerte a causa del veneno. En desesperación, Deyanira se suicidó.

con ella en paz y concordia! Pero otras tantas le repelió con advertida cautela, diciéndole que la mano era de su único amante y amado esposo Jesucristo, con quien deseaba vivir y morir con estrecha e indisoluble unión y amistad, por toda la eternidad. No le parezca al lector este recato de Catarina demasía o delirio de su espíritu; porque andaba muy ilustrada de Dios y muy celada del divino esposo, que quería sólo para sí el amor de esta su purísima virgen. Ninguno de los ángeles y santos busca ni quiere para sí el amor de las criaturas, sino para el Creador, que es a quien se debe de justicia todo el amor y todos los dones y gracias que están repartidas entre los habitantes del cielo y de la tierra; porque es la fuente de todos los bienes, a quien se deben atribuir, y ser únicamente ensalzado y glorificado por todos. No es tan nueva esta doctrina que nos enseñó Catarina con su ejemplo en materia de recato con los celestiales paraninfos, que no nos la enseñasen primero los mismos ángeles, cuando obedientes a su Dios, se vieron obligados a coger de la mano a la mujer de Loth y a sus hijas para librarlas del sodomítico incendio [Apostilla: Génesis 19]; porque entonces dice Oleastro, que según la lección hebrea, se puede leer en el sagrado texto que se fortificaron, pertrecharon y echaron el resto de todo su esfuerzo y valentía, como un soldado que acomete o espera un fuerte enemigo, previene su peligrosa investidura para avisarnos del riesgo y peligro que amenaza al que se atreve a dar o coger la mano de una mujer. Por darnos esta enseñanza los soldados de la milicia celeste, hicieron de los valientes, y se previnieron con grandes fuerzas; pues ¿cómo no se cautelarán los hombres? ¿Por qué no temblaran las vírgenes de tan peligrosa guerra? ¿Por qué no tomaran ejemplo de la pureza angélica y de los valientes del empíreo, los que han jurado de ángeles? Y en especial los que guían y gobiernan mujeres no sólo han de procurar ser como ángeles, sino como ángeles vestidos de nieve, a imitación del otro celestial paraninfo que bajó a dar la nueva de la resurrección de Cristo a las piadosas mujeres, de quien dice el evangelista que venía vestido de nieve [Apostilla: Mateo 28] para enseñar (discurso yo) a los que las tratan, que han menester ese resguardo, para su seguridad. Por esta prudente cautela y tan resplandeciente pureza, mereció Catarina el nombre de ángel y la frecuente comunicación con los celestiales espíritus.

[262] Todo esto le parecerá poco al que cuerdo considerare, que aun para con el mismo Dios humanado, conservó este singular y honesto recato esta su sierva y querida esposa, y no sólo no le desagradó, sino que lo celebró y aplaudió con sus ángeles el mismo supremo rey de la gloria. Se le representaba muchas veces en forma de niño hermoso, pidiéndole sus

honestos abrazos y cariñosos halagos; y como tengo ya referido en el discurso de esta historia, siempre se encogía humilde y se procuraba resistir a estas demostraciones del divino amor, con tan recatados como reverentes y amorosos desvíos, defendiéndose con el escudo de su profunda humildad, y con el arnés de su virginal y vergonzoso recato. En una ocasión se le dejó ver el Señor en la misma forma de niño, pero casi desnudo, al modo que solemos vestir sus imágenes en la solemnidad de su resurrección o natividad en el pesebre. Andaba en aquel tiempo muy cuidadosa Catarina de vestir a Cristo desnudo en su santísimo nacimiento, y con la dicha aparición parece le respondió el Señor a sus deseos, diciéndole como quien se le quería arrojar a su regazo y castos abrazos: “Catarina, vísteme”. La caridad y amor de esta amada y querida esposa creció con esta visión casi hasta causar exceso mental en el corazón, y la hubiera arrebatado su impulso a coger al Niño Dios entre sus brazos, a no detenerla las prisiones de su virginal recato, dándole temor la desnudez de su único y divino amante. Y así le dijo o preguntó, que por qué no venía vestido que si le faltaban ángeles y madre que cubriesen con preciosas telas la hermosura y belleza en que se miraban y gozaban los cortesanos del cielo. Le respondió que quería fuese ella quien lo vistiese y adornase. Replicó Catarina que ella no tenía con qué vestirle, ni manos para tocarle, ni aun ojos para mirarle desnudo; y pro curado apartar la vista de aquel Dios de pureza, su divino amante, quisiera esconderse y rehundirse en el centro de la tierra, no sé si fuera de sí, con el susto, o muy en sí con la interior luz insensible al humano sentir. Dudó esta alma pura si era de Dios aquella visión y aparición que tanto avergonzaba su virginal resguardo, a vista de un niño que se le representaba Dios, por verle desnudo; o si fue estudiada providencia del mismo virginal esposo el infundirle aquella arrobada vergüenza en este caso, para mostrar a sus esposas los peligros de esta línea entre puras criaturas que se acarician y espíritus menos puros que los tientan, enseñándonos cuán peligrosas son nuestras cariñosas cortesanas y cuan arriesgadas las caricias cortesanas, especialmente de diversos sexos, con el afectado recato de esta su esposa purísima, aun con los que parecían tan seguros como divinos. Lo que sé y creo es, que atestiguan algunas almas contemplativas, que nunca se atrevió la Virgen de las vírgenes a ver ni tocar el cuerpo de su purísimo hijo y niño Jesús, viéndolo siempre revestido de inaccesibles y densos resplandores. Quizás quiso el Señor imitarse Catarina este favor, apareciéndose y desapareciéndose tantas veces en la forma dicha, como lo hizo esta primera vez,

yéndose como honesta y gustosamente echado con la acatada resistencia y castos retiros de esta honestísima virgen. Pero cuando más descuidada, se hallaba otra vez con el mismo objeto y con demostraciones, y con más cariñosas ansias de recibir de mano de su amada el vestido que le pedía. A que respondía Catarina con nuevas, mayores y más cumplidas repugnancias de su amorosa pureza la dejase, que se fuese, que se ausentase; porque la arre-draba y acobardaba aquella desnudez de su divinidad humanada, y que no se hallaba con fuerzas para abrazarle viéndole tan desnudo, que le causaba no menos confusión que divino horror, hasta que lo viese decentemente a los ojos humanos vestido.

[263] Duró esta amorosa lucha entre el divino amor y su querida esposa más de dos años, repitiéndose este celestial y misterioso favor casi todos los días, sin que se rindiese el honesto recato de Catarina a las instancias, y finezas de su Dios amante. Claro está que gustaba el Señor de su reverente recato y virginal circunspección, y por eso continuó tanto tiempo la amorosa porfía; que, si quisiese, podía tan fácilmente despartir con su eficaz gracia, para que nosotros con provecho de nuestras almas, comparemos y compongamos estos castos y virginales desvíos con las ansias y deseos que causa el mutuo amor entre dos que se quieren bien, de no apartarse, de no ausentarse, ni perderse de vista. Ardía con encendidas llamas el amor divino en esta su sierva, con tan afectuosos deseos de ver a su querido esposo y entretenerse dulce y honestamente con él, que prorrumplía muchas veces, como tengo en otra ocasión insinuado, en las voces con que se desahogaba el corazón de la otra alma santa: “¡Ay, dulce amado mío! ¡Quién te viera pender tierno infante de los castos pechos de mi honesta madre! ¡Qué de sabrosos y tiernos ósculos⁹¹ te diera! ¡Qué amorosamente importuno te abrazara y te regalara, de suerte que te obligara a que nunca me dejases!” [Apostilla: Cánticos 8] Todos estos impulsos y ansiosas violencias del encendido amor se rendían y sujetaban con los extremos del virginal recato y de la honesta pureza con que deseaba Catarina agrandar a su purísimo y divino amante; estimando más el verse privada de su presencia y dulce compañía, que el mostrarse atrevida o parecer menos cauta, o menos pura a los ojos de su celestial esposo.

91 Besos.

4. *Cómo aprobó Dios este singular recato con alabanzas y enseñanzas muy provechosas para los que quisieren imitar a esta su querida esposa*

[264] En una de estas ocasiones en que luchaba con el Niño Dios, le vino temor de que se ofendiese su querido de las resistencias con que tan restada desechaba sus finezas y repetidas instancias; porque algunas veces se le mostraba el divino amor suavemente desdeñado; otras con amagos de ausentarse, para no volver a buscar a quien con pertinacia no quería admitirle. Todas estas varias representaciones causaron en su sierva el dicho temor de desagradarle y perderle por negarse a sus castísimos abrazos. Y prevaleciendo el amor de la honestidad y pureza en esta batalla de afectos, respondió a su divino amante, aunque entre sustos, temores y sobresaltos: “Mas que te vayas, Señor, mas que no vuelvas, si no has de volver acomodándote a la fragilidad humana decentemente vestido y decorosamente enamorado. Porque más quiero verte severo o morir entre las amarguras que causan en el alma tus retiros y penosas ausencias, que el tocarte, regalarte, ni mirarte en mi regazo”. En esta turbación, le dijo el Señor: “No me ofenden, amada y querida esposa, tus virginales desvíos y honesto recato, que mis delicias son con las vírgenes en sus castos, puros y vergonzosos encogimientos. El mudar formas y semblantes ha sido para probar y experimentar la constancia y la firmeza de tu honestidad prudente y recatada, nunca más bella y hermosa a mis ojos y en mi estimación, que cuando te veo vestida de los candores de la azucena entre espinas y de lo encarnado de la rosa entre cambrones de severidad y modestas esquivaces”. Y volviendo el Señor a conversar con innumerables ángeles que le acompañaban, celebró y aplaudió el precioso e inestimable recato de esta su escogida alma, diciéndoles: “Ponderad quién es ésta, que se muestra honesta y recatada aun conmigo, cuando me le dejo ver en desnudez humanado”. Como si dijera a los serafines que viven abrasados en el incendio del divino amor: “Vosotros, que sabéis bien cuán dificultoso es apartarse el amante del objeto que bien quiere; vosotros, que conocéis y sentís mejor cuan rendida, atada y presa está Catarina con las dulces cadenas de mis amores; vosotros, que entendéis cómo le fuera más tolerable el que se le arrancase el corazón y el que le quitasen la vida, que el apartarse de mí por un instante; ponderad y apreciad lo singular y especioso del honesto recato de mi amada y querida esposa, que escoge y quiere más mi ausencia que mi amorosa presencia de desnudez humana, aunque honesta y misteriosa”. Dejó Cristo a su Iglesia esta doctrina desde el tiempo de su resurrección y porque tuviese apoyo en las sagradas letras el ejemplo

que dio al mundo ésta su sierva, lo previno con lo que dijo a la Magdalena cuando con acelerado paso, fue la primera que con alas de la devoción y amor entró en el sepulcro cargada de olores y fragancias para ungir el sagrado cadáver, donde le dijo el Señor: “Apártate, no pretendas tocarme” [Apostilla: Juan 20]. Como si le dijera, mira que vienes con resoluciones de amante y el mucho amor te puede hacer atrevida impeliéndote a tocar este soberano cuerpo que, aunque divinizado y resucitado, es humano. Y si en otro tiempo te permití que limpiases mis pies con tus cabellos, con tus ojos y con tus labios, fue porque te vi vergonzosa y recatada a mis espaldas, sin atreverte a pasar a la presencia de mi rostro. Y este recato de la Magdalena en sentir del Crisólogo,⁹² fue el principal motivo [Apostilla: san Pedro Crisólogo, 93] porque prorrumpió Cristo en sus alabanzas a vista del fariseo que la murmuraba. Y la modestia recatada de Catarina fue también la razón porque el Señor la alabó y aplaudió en presencia de sus ángeles; porque entendiésemos acá en nuestro trato humano que no hay demasía para asegurarnos en materia de recato, pues aun con el mismo Cristo, que es la misma y única seguridad, gusta que lo afectemos.

[265] Lo misterioso de esta visión pide otro tiempo más oportuno, y porque no quede del todo imperfecta es necesario decir que, en las repetidas y multiplicadas apariciones de la desnudez del Señor, presentía siempre su Majestad en que lo había de vestir esta regalada y honestísima esposa, sin decirle con qué ni cómo quería que lo vistiese. Y así, por ejecutar como adivinando la voluntad del divino amante, andaba vistiendo ya a un pobre y a otro con limosnas que le daban en aquel tiempo sus bienhechores, por si pretendiese Cristo que le vistiese en alguno de sus pobres; y juntamente se ejercitaba solícita y cuidadosa en unas y otras virtudes de las que le parecían, a ella y a su confesor, del mayor agrado al divino querer. Pero cuanto más se desvelaba en dar cumplimiento a la voluntad de su Dios, tanto más se le mostraba el Señor en multiplicadas visiones desnudo, no sólo en los misterios del nacimiento y resurrección, sino en los pasos de la sagrada pasión, en que sobresalía más su desnudez afrentosa. Y en esta variedad de visiones resplandecía el honesto recato de Catarina, porque llena de veneración a la majestad humanada no se atrevía a tocar el divino cuerpo, aun cuando se le representaba cadaver herido y maltratado y le pedía que le limpiase la sangre vertida que lo afeaba; como lo insinuaré en el capítulo

92 Pedro Crisólogo, obispo de Rávena (433-450), padre y doctor de la Iglesia

sexto del segundo libro, imitando a las otras piadosas mujeres que siguieron a Jesús hasta los postrimeros acentos de su vida, y no se atrevieron, ni quiso el Señor, que concurriesen al último honor de ungrle, amortajarle y ponerle en el sepulcro; porque para ejercitar estas ceremonias, era forzoso que se dejase tocar y manosear el divino cuerpo, y no permitió el Señor a las mujeres que tocasen su sagrado cadáver, ni aun con el pretexto de cerrarle los ojos y la boca; para que en la iglesia se tuviese por doctrina suya, autorizada con las memorias de su muerte, que las mujeres no debían tocar los cuerpos de los hombres, aunque fuesen difuntos, ni los hombres los de las mujeres, aun después de muertas, previniéndonos el divino maestro con esta enseñanza del cierto y evidente riesgo que traen consigo los contrarios abusos que ha introducido el mundo y el Demonio entre los hombres, con pretexto de caridad, urbanidad y cortesía, contra la doctrina del evangelio, según parece. Que no sin misterio dicen los evangelistas que Joseph y Nicodemo depositaron en el sepulcro el soberano cadáver, y que las Marías estaban mirando dónde se colocaba el divino depósito ungido y amortajado, porque no les era permitido tocarle, ni aun con el piadoso título de darle sepultura [Apostilla: Marcos 15; Lucas 23]. Como lo discurre el cardenal Baronio,⁹³ con la costumbre de los hebreos, aun antes de la muerte de Cristo [Apostilla: Baronio *apud*. P. Barradas tomo 4 en *Evangelio I.* 7 c. 123 §. *venit*]. El renovar esta doctrina en la iglesia con el recato honesto y singular de Catarina fue uno de los misterios que se encerraban en estas varias y continuadas visiones.

[266] Al fin, después de tantas y tan misteriosas enigmáticas sombras de lo que pretendía, le manifestó Dios el principal motivo por el que le pedía que lo vistiese y aquel otro importante sacramento, diciéndole que como buen pastor se vestía de la piel de sus ovejas, y que al presente había una entre otras destituida de bienes temporales y totalmente desnuda de los espirituales, con mucho riesgo de perderse por la obstinación en sus culpas, con que la tenía aprisionada el Demonio; y que lo que le quería dar a entender era que con sus oraciones y penitencias templase el rigor de su divina justicia, y moviese a su infinita misericordia para que sacase del cautiverio de la maldad aquella oveja perdida, redimida con la preciosa sangre de su redentor. Lo que Catarina clamoreó, lloró y padeció por esta alma excede a mi narración y elocuencia, pero se debiera adornar con admirables perfiles,

⁹³ César Baronio, historiador de la Iglesia nacido en Nápoles en 1538 y muerto en Roma en 1607.

si se pudiera historiar clara y específicamente. Porque la histórica narración de las heroicas virtudes que ejerció Catarina en este caso y los multiplicados prodigios de la Omnipotencia misericordiosa excedieran a la más florida elocuencia y retórica amplificación. Mas las circunstancias de este caso, por superiores razones y altos motivos, no permiten que se declaren ahora las maravillas y prodigios que obró Dios a las instancias de su sierva para atraer a sí a esta oveja perdida y vestirla de su gracia y sobrenaturales dones. Si en algún tiempo quisiere la Omnipotencia que se publiquen los portentos de su poder, los compararán sus predicadores a las maravillas que obró Dios por Moisés para sacar a todo su pueblo del cautiverio del faraón; lo que por ahora me es lícito decir es que, en lo temporal y espiritual, vistió Catarina a este pobre; y se lo agradeció el Señor dejándosele ver muy ricamente vestido diciéndole: “Mira el vestido qué me has dado”. A que respondió Catarina: “¿Cuándo ni cómo te pude yo dar tan precioso vestido?” “Cuando vestiste (dijo el Señor) mi desnudez afrentosa en la pobre que me afrentaba; que lo que se da a los pobres en el alma y en el cuerpo me sirve a mí de honroso vestido”. Añadió y concluyó la sierva del Señor esta amorosa conversación con Cristo, diciendo: “No sé, Señor, ¿cómo es eso? Ni entiendo lo que me dices; porque yo en todo soy pobre y nada tengo que darte. Pero te doy todo mi corazón y todo lo que soy en el alma y en el cuerpo, porque no te vengas otra vez a mis brazos ni a mis ojos desnudo”. Aprendan de este admirable recato de Catarina los pintores a hermosear las imágenes y retratos del Redentor y sus santos con la honestidad del vestido, que es una de las partes de que se compone la perfecta hermosura; pues vemos que aun las multiplicadas cortinas o velos ayudan mucho a la reverencia, veneración y estimación de las más preciosas pinturas. Aprendan las vírgenes a no faltar a su vergonzoso decoro, ni perder el religioso respeto a la suprema Majestad cuando la visten y manosean en sus imágenes; porque quiere Dios que las traten y miren entre los velos de la honestidad, recato y virginal vergüenza Y si se debe poner este atento cuidado aun con los retratos del Verbo humanado, cuánto mayor vigilancia se debe tener para no tocar ni ver otros objetos terrenos, que no sólo en su ser real y verdadero; pero pintados, fingidos y aparentes en la misma imaginación suelen ser dañosos y aun soñados pueden ser nocivos.